

LA MUJER DE JOSÉ GARCÍA EN *EL LIBRO VACÍO*

Alejandra Herrera y Vida Valero*

El tema central de *El libro vacío* (1958) de Josefina Vicens es el de la escritura –por cierto, su gran aporte a las letras mexicanas al explorar este tópico a través de su protagonista José García– (Cfr. Alberto Paredes, “Josefina Vicens”, en *Figuras de la letra*). Toda la novela es un ir y venir por el cuaderno borrador y otro en blanco que debería ser llenado por lo relevante que pudiese ser rescatado del primero. Si bien hay una serie de temas que podrían analizarse por separado: el proceso mismo de la escritura, el vacío existencial, la angustia ante la nada, la cotidianeidad vivida como cárcel, etcétera; en esta ocasión nos gustaría detenernos en el análisis de un personaje: la mujer de este frustrado escritor.

Así, pues, lo que José quiere hacer es escribir, pero qué difícil cuando se tiene que trabajar en una oficina de contabilidad para apenas ganar el modesto sueldo que resuelve las necesidades familiares, qué difícil también, convivir con una mujer que no comprende esa necesidad vital de su marido. De ahí la incomunicación entre la pareja, la ausencia del diálogo profundo que permita el entendimiento del otro. Por eso, cuando la mujer le pregunta que si está cansado después de un rato de estar frente a su cuaderno, el protagonista se siente irritado, ya que, en ese lapso ella ha hecho una serie de tareas impostergables para una ama de casa responsable:

¿Cómo voy a contestarle que sí, que estoy rendido, exhausto de no haber escrito una sola línea? ¿Cómo lo va a entender si ella mientras tanto, ha hecho una serie de cosas rudas; ha caminado por toda la casa, llevando, trayendo, lavando, limpiando...? [...] Lo real, lo que se ve, no obstante, es que ella ha trabajado y yo no [...] –¿Cansado de qué? Ya lo has visto no he hecho nada. ¡Tú, en cambio, debes estar rendida! ¡Desde hace dos horas estás haciendo cosas importantes!

[...]

–Importantes no, pero hay que hacerlas... Y sí, estoy cansada. Buenas noches. (*El libro vacío*, pp. 23,24)

Y en esta diferencia de actividades e intereses puede verse muy claramente el carácter práctico y realista de la mujer de García. Para ella lo trascendente son los deberes cotidianos, mientras que para el marido, lo importante es una tarea más alejada de lo real e inmediato como sería la escritura.

Es interesante la mujer de José García como personaje. En primer lugar no tiene nombre, es la única en la novela sin nombrar, es sólo eso: la mujer de su marido. Desempeña el papel tradicional de las mujeres: vivir para los otros; no, para sí misma. Sus rasgos físicos apenas se describen, de la lozanía de la juventud al pelo canoso y los ojos arrugados de una vejez prematura, de lo cual se infiere que es como muchas mujeres, sobre todo de esa época, cuyo interés

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

por el cuidado personal, disminuye con el matrimonio. En palabras de Elsa Muñiz: “Después de cumplido su anhelo [el de casarse] sus aspiraciones cambian, desean conservar al marido, tener hijos, educarlos. Su vida transcurre entre recetas de cocina, el tejido, los cuidados del gasto familiar [...]” (Elsa Muñiz, *El enigma del ser*, p. 101) Es, por lo tanto, un personaje hundido en sus tareas domésticas: limpiar la casa, tener la comida a sus horas, resolver los problemas cotidianos de los hijos, uno en la juventud y el otro pequeño y enfermizo. Preocupadísima por ahorrar, por estirar el corto gasto que le da el señor de la casa, a quien cuida también hasta donde él lo permite.

Tal vez la ausencia de nombre sea uno de los rasgos que Ludovic Janvier menciona como propios del *nouveau roman*:

[...] no resulta difícil constatar que en la nueva modalidad narrativa los personajes ya no tienen nada de arquetipos. Es más, ni siquiera se nos muestran abiertamente, como no sea a la vuelta de un acontecimiento, sin que la mayor parte del tiempo podamos saber nada de su origen, de su aspecto físico o de sus manías. (Janvier, *Una palabra exigente. El “nouveau roman”* p. 20) [Todo esto] ‘A fin de hacernos ver lo esencial, que no precisa del ‘Cómo se llama usted’, ni tampoco del ‘¿Quién es usted?’, no hay más que un solo medio: evitar a toda costa el movimiento de complicidad, o por el contrario de aversión, que une o separa al lector con relación al personaje [...]’ (Natalie Serrault, *apud* Janvier, *Ibid.*, p. 22)

En este sentido, los personajes del *nouveau roman* no son héroes; muy por el contrario, son seres anónimos que tienen rasgos semejantes a la mayoría de las personas. No se trata, entonces, de describir al personaje, sino de mostrarlo actuando en su circunstancia, en su medio. Así, el nombre casi no importa, pues lo que lo define es su capacidad para enfrentar las situaciones que lo rodean, aunque sea el limitado espacio de una casa mediana, donde no abundan las comodidades ni los lujos, como son tantas casas del México de los años cincuenta y del México de hoy. Y es esto, justamente, lo que rescata a esta mujer y genera empatía y admiración. Ni su personalidad ni su físico son deslumbrantes, quizá ninguna mujer desearía

parecersele. Es su modo de enfrentar la vida diaria lo que nos seduce de ella.

Se trata de un personaje muy humano. Un tipo desde el punto de vista de Lukács, porque se mueve en lo particular (categoría de conocimiento propia del arte y la literatura), es decir, se trata de una síntesis de lo general (categoría de lo abstracto, las leyes) y lo individual (categoría del fenómeno, de lo inmediato y concreto). O sea, la esposa de José García representa a un tipo de mujer de una clase social determinada: la media baja. Es el ama de casa dependiente completamente de su marido, no aporta dinero, pero sí resuelve los problemas cotidianos. Esto es muy posible que pueda presentarse en esta clase de mujeres. Pero quizá lo más sorprendente e individual de ella sea su ecuanimidad, su claridad de pensamiento ante la realidad, su tranquilidad de ánimo y espíritu. No es un problema para su marido; al contrario, en muchos momentos es capaz de resolver un conflicto existencial con dos o tres frases.

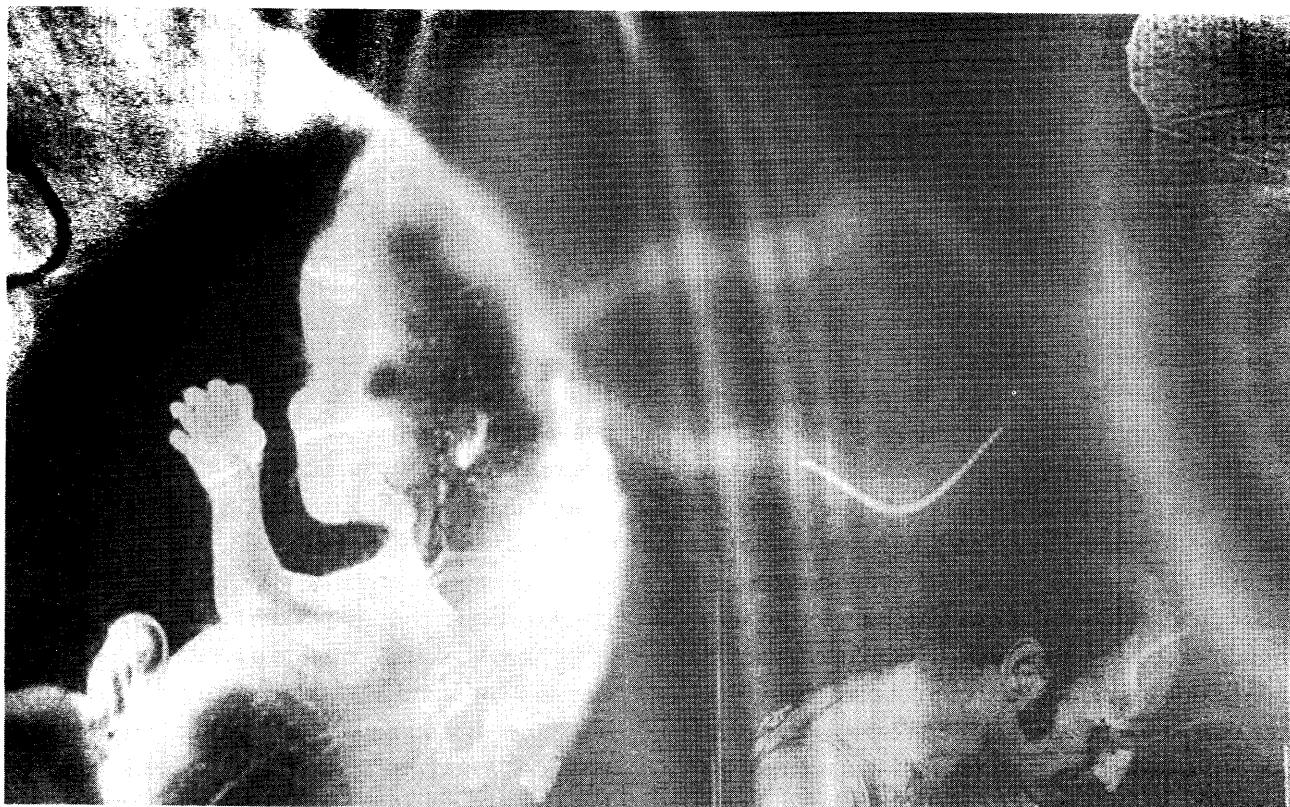
Obviamente las únicas referencias que tenemos de ella son las que José García nos da, él es el narrador y a través de sus descripciones la conocemos, él le atribuye una serie de matices que la convierten en su mujer, es decir, los rasgos individuales que la estructuran tan inmediata como cualquier persona de la vida real. Son esas características las que lo hacen a ratos amarla y en otros odiarla: —“Te trato mal porque me molesta tu equilibrio, porque no puedo tolerar tu sencillez. Te trato mal porque detesto a las gentes que no son enemigas de sí mismas.” (Vicens, *op. cit.*, p. 24) Y efectivamente, José sí es enemigo de sí mismo, no consigue lo que quiere, la frustración es total: siente la cotidianidad como una condena de la cual no puede obtener el tema profundo que todo escritor persigue. En cambio, su mujer parece tan dueña de sí misma “[...] vive sostenida por su propia armazón, alimentándose de su rectitud, del cumplimiento de su deber, de su digna y silenciosa servidumbre!” (*Ibid.*, p. 25) El uso de las palabras “rectitud” y “digna” connotan la admiración que de alguna manera siente por su mujer. Quizá esta oscilación de sentimientos sea característica también de la relación de pareja que con los años se desgasta, pero en la que cada uno es un individuo que se comporta de manera diferente incluso frente a una misma experiencia.

Este sería el caso del nacimiento de su hijo mayor. En síntesis: cuando nace José, su hijo mayor, el narrador está deslumbrado frente al milagro de ser padre, pero al mismo tiempo, se atormenta porque no fue consciente en el momento que lo engendró. Según él dice, éste es el origen de la soledad del ser humano: la falta de conciencia en el momento mismo de la concepción: “Yo sentía remordimiento por no haber pensado en mi hijo, aunque fuera vertiginosamente, pero dentro del vértigo mismo.” (*Ibid.*, p. 105) Después del nacimiento lo que sigue “Ya es el amor a una conmovedora presencia sin remedio [...]” (*Loc. cit.*) No sería forzado encontrar algunos rasgos del existencialismo de Sartre en esta angustia de José García. Lo que le atormenta es, justamente, no haber tenido una clara conciencia de que durante el vértigo amoroso, no pensó en el compromiso que implica traer un ser al mundo, es decir, no hubo una decisión consciente: “Se trata de una simple angustia que conocen los que han tenido responsabilidades [...] Y esta especie de angustia que es la que describe el existencialismo, veremos que se explica además por una responsabilidad directa frente a los otros hombres que compromete.” (Sartre, *El existencialismo es un humanismo*, p. 20) En el caso de José, éste se angustia justamente porque su acción no fue consciente, pero de cualquier forma eligió. No pensó en el hijo que podría nacer, digamos que la angustia es *a posteriori* porque, qué mayor compromiso que implique a otro que el de tener un hijo, que como apunta el narrador está condenado a la soledad.

Así vive José con este sufrimiento a flor de piel, hasta que un día pregunta a su mujer: “—En esos momentos, mientras nos amábamos, dime la verdad, ¿pensaste en el niño?” (*Ibid.*, p. 107) A lo que ella responde: “—En esos momentos no pienso.” (*Loc. cit.*) José insiste en su culpa: “—¡Pobre niño!” (*Loc. cit.*) Y ella dice con toda naturalidad: “—Pobre niño si en esos momentos hubiéramos pensado en él; creo que jamás nos perdonaría la premeditación.” (*Loc. cit.*) José se siente tranquilo ante la contundencia de su mujer, la angustia existencial se diluye porque sabe que lo que ella dice es la verdad, ya que es necesaria una dosis de inconsciencia y, como diría Ernesto Sabato, de la inherente esperanza de la especie humana para dar vida a otro ser. En palabras de José García: “Porque, claro, no es la

conciencia sino el olvido de la conciencia lo que abre la puerta al milagro.” (*Ibid.*, p. 108) Y así, la mujer del narrador revela que lo que hace a la vida digna de vivirse es esa zona oculta y misteriosa que escapa a la razón, con lo que seguramente Sartre no estaría de acuerdo.

Como puede verse el terreno en el que mejor se mueve la mujer de José García no es el de la reflexión intelectual, pero esto no impide que intuya perfectamente la condición humana. Otro ejemplo de esto, sería cuando el hijo mayor, José, es ya un joven que tiene veinte años y se enfrasca en una relación que no le ayuda a crecer. Habrá que ver la diferencia de actitudes frente al problema. José hijo, se relaciona con una mesera mayor que él. El padre, preocupado, se instala en el restaurante donde ella trabaja para, desde una mesa lejana, ver cómo se desenvuelve el hijo. La ansiedad del joven se desata frente a la sonrisa que ella ofrece a sus clientes y el lento paso del tiempo que él corrobora mirando con frecuencia su reloj. El padre lo observa y sus sentimientos se mezclan: “No sé si sentía yo por él la más profunda lástima y por eso lloré, o si mis lágrimas eran por mí mismo, por mis veinte años, tan lejanos ya.” (*Ibid.*, p. 133) Y aquí se da una verdadera empatía, un auténtico entendimiento de la pasión que el hijo está padeciendo por ese amor. Pero toda esta mezcla de emociones le impide ver con claridad, le impide separarse del hijo, para objetivamente actuar, pues de alguna forma advierte que José está en peligro y lo que se le ocurre al padre son lugares comunes: debería dedicarse a sus estudios, tener una relación con una muchacha de su edad, etcétera. Pero todo esto para el hijo no tiene significado. Ni por un momento percibe que su padre haya sido capaz de vivir una experiencia semejante y que le habla con solidaridad. José duda, entonces, en decir a su hijo que se lance a vivir, aunque salga herido; pues finalmente lo que el narrador añora de su juventud es justamente la posibilidad de vivir, aunque sea equivocadamente. Pero de todas maneras duda, no sabe cómo actuar ante sus hijos. Desearía ser concreto y firme como su mujer, quien al enterarse de la relación de José con Margarita, sin lágrimas ni escenas, no duda en decir a su hijo: “Que yo me entere de que sigues en líos con esa fulana y ya puedes prepararte!” (*Ibid.*, p. 137) Y así es. José termina con Margarita:



-¡Ya estarán contentos; terminé con Margarita! Vi que le temblaban los labios y que hacía esfuerzos por no llorar. Sentí una gran pena y me apresuré a explicarle: -Yo no estoy contento de algo que te causa dolor, hijo, pero...

Ella me interrumpió:

-Yo sí, contentísima. Comprendo que es un dolor, pero te faltan muchos, José.

El pobre muchacho nos miró con los ojos llenos de lágrimas. Yo estaba indignado por la dureza de mi mujer e iba a decir algo que suavizara sus palabras, pero ella se adelantó:

-Te falta el de ver llorar un hijo. (*Ibid.*, p. 138)

Decíamos antes que José y su mujer viven las experiencias de manera individual, mientras José reflexiona y efectivamente entiende profundamente la pasión de su hijo no puede actuar frente a él. Mientras que su mujer, sin tanta reflexión intuye que esa situación le generará a la larga un daño a su hijo. Es esta intuición la que le permite actuar tan radical y efectivamente, pues el hijo se abraza a ella para sentirse protegido. Lo

que sigue, después de este enfrentamiento, son para ella las tareas de la vida cotidiana que aunque grises e ingratas proporcionan la seguridad tan necesaria en esos casos.

En este mismo conflicto, la mujer de José García le ofrece una lección, un nuevo aprendizaje. Al preguntar a su esposa si piensa que el hijo no volverá a buscar a Margarita, ella responde:

-No, ¡qué voy a creer!; la buscará mañana mismo. No puede hacer otra cosa el pobre.

-Pero... ¿y entonces?

-Le volveré a regañar. Yo tampoco puedo hacer otra cosa.

Después, sin transición, como si no hubiera sucedido nada:

-Acábate ese café, ya debe estar frío. (*Ibid.*, p. 139)

Decía Kant que la moral corresponde al plano de lo práctico, en la cita anterior hay un buen ejemplo. Lo que se ve aquí son dos formas de percibir el mundo:

una masculina y otra femenina. No se trata aquí de discutir cuál es mejor, pues José tiene un completo entendimiento de lo que le pasa a su hijo, sin embargo, no puede actuar, la realidad lo rebasa, por eso se muestra titubeante e inconsistente, que es lo único que no le hace falta a su hijo. La madre, quizá no tenga una visión clara y nunca haya experimentado una pasión semejante, por eso no puede entender tan nítidamente a su hijo, pero sabe que tiene que actuar y protegerlo, así, con toda integridad lo hace, porque tiene la convicción de que así “debe ser.”

Esta diferencia de perspectivas ante un mismo hecho impiden la verdadera comunicación entre las parejas, sobre todo cuando ya han transcurrido los años y los hijos ya son grandes. En vez de exponer las tensiones y aligerarlas, simplemente se les ahoga, y aparentemente se silencia la violencia, y esta situación hace que las relaciones matrimoniales se vuelvan más tormentosas. El camino, entonces, parece ser el silencio y la lejanía, lo que acentúa la soledad de dos individuos que alguna vez fueron una pareja. Si a esto se añade que la mujer elige no interactuar con las relaciones de su marido, como es el caso de la esposa de José García, quien no desea relacionarse con la mujer del mejor amigo de éste, pues le parece superficial y frívola, entonces, el abismo se agranda, y deja la puerta abierta para que entre un amante.

José va solo a la casa de Pepe Varela, al parecer, su único amigo, para celebrar el décimo aniversario de su boda. Durante la fiesta, conoce a una mujer: Lupe Robles. El narrador la describe así: “[...] una señora bastante joven, guapa, alegre y estrepitosa.” (*Ibid.*, p. 142) Justamente, una mujer que atrae a los hombres, muy alejada del arreglo poco femenino y del recatado modo de ser de su esposa. Entre ellos se ha perdido todo el afán de conquistar a la pareja y tal vez el deseo sexual. Este azaroso encuentro viene a remover la vida de José, quien se sentía incapaz de atraer a una mujer:

Fue absurdo creer que se interesaba en mí. Tenía yo entonces cincuenta y un años [...] en ese tiempo ya no me preocupaba de gustar a ninguna mujer. Cualquier galantería, cualquier intento, me parecían grotescos. Estaba, creía yo, definitivamente agotada mi inquietud. Tenía a mi mujer, la amaba plácidamente y llevaba la

vida normal de los hombres, si no decrépitos (tenía un hijo de dos años) sí cansados y situados ya en una edad madura y resignada. (*Ibid.*, pp. 142, 143).

Puede verse, que el narrador ama a su mujer y que la posibilidad de seducir o conquistar a otra era una posibilidad cancelada. Tan es así que al regreso de la fiesta dice a su esposa:

—Hice una conquista
Y [...] ella me contestó:
—¡Qué bueno!, pero me la cuentas mañana porque ya es muy tarde.
Me acosté y empecé a sentirme mal. Le pedí que me diera un poco de bicarbonato. Se levantó y me dijo riendo:
—¡Vaya Tenorio! ¡Si tu conquista te viera con esa cara! (*Ibid.*, p. 143)

Este diálogo muestra que la mujer tiene una ciega confianza en su marido, y que quizá debido a ello, ha descuidado su aspecto y se ha vuelto una mujer asexuada, preocupada sólo por los deberes maternos y domésticos.

Por su parte, José García también se muestra sorprendido de gustarle a una mujer —a los dos días ella lo busca—, y tal vez, más que la atracción que siente hacia Lupe Robles, sea su deseo de aventura, su necesidad de romper con la rutina y volver a estar vivo: “¡Me había buscado una mujer! Iba, pero no precisamente a encontrarme con ella, sino conmigo mismo. No me interesaba como mujer, en un aspecto natural, erótico, sino como el personaje que me había buscado, que me había elegido. Esto me provocaba tanta emoción y agradecimiento, que nada ni nadie habría podido impedir que acudiera al llamado.” (*Ibid.*, p. 145) Se trata, pues, de la imagen que ella le regresa de sí mismo, en ella se siente atractivo y deseable. Baudrillard define a la seducción como:

[...] la distancia entre lo real y su doble, la distorsión entre el Mismo y el Otro está abolida. Inclinado sobre su manantial Narciso apaga su sed: su imagen ya no es “otra”, es su propia superficie quien [*sic*] lo absorbe, quien [*sic*] lo seduce de tal modo que sólo puede acercarse sin pasar nunca más allá, pues ya no hay más

allá, como tampoco hay distancia reflexiva entre Narciso y su imagen. El espejo del agua no es una superficie de reflexión, sino una superficie de absorción. (*De la seducción*, p. 67)

Así es la absorción que Lupe ejerce sobre José. Por eso, irracionalmente, desde la primera cita José comienza a gastar el dinero que no tiene, aunque no sin el remordimiento de pensar en los esfuerzos de su mujer por ahorrar el limitado gasto con el que cuenta. Lo que sigue es obvio: el juego se convierte en un amor desbordante y a pesar de las advertencias del amigo que esta pareja de amantes tiene en común, José se enamora como un adolescente. Mil veces se plantea la ruptura, porque siente culpa frente a su familia, pero no puede dejar a la amante, a tal grado es la pasión, que empieza a ver a su mujer y a sus hijos como una cárcel que impide su felicidad. Mientras tanto, los gastos siguen creciendo y con ellos, las deudas.

La mujer de José García reacciona frente a la infidelidad de su marido con el más absoluto silencio. En un principio, quizá lo intuya, pero no lo sabe a ciencia cierta. Pero cuando una vecina se encuentra a José y a Lupe en el cine, es evidente que se lo hace saber. Ella nunca le reclama nada, a pesar de los intentos que él hace para que lo enfrente. Esto estaría muy bien si José fuese un cínico, sin embargo, no lo es y vive como una terrible crueldad que ella calle:

Puede uno escuchar y soportar los reproches, lo insoportable es no escucharlos y saber que están ahí, mudos, hiriendo el corazón de una mujer que nos quiere y que con su silencio trata de retenernos a su lado, porque sabe que ése es nuestro sitio [...] Hay en esas mujeres resignadas, en eso que llaman la actitud digna de conservar el hogar, una inconsciente y refinadísima crueldad. Tal vez para algunos hombres esa actitud resulte cómoda. Para mí era insoportable y me provocaba un dolor distinto a todos los que había sentido. Era un dolor iracundo envenenado, porque me parecía que era ella la que me estaba traicionando. (*Ibid.*, pp. 150, 151)

En la cita anterior, lo que hace Josefina Vicens es reflejar la condición humana en toda su complejidad, ya que, a través de su protagonista muestra la contradicción



permanente que habita en un ser agobiado por los más diferentes sentimientos y estados de ánimo. Objetivamente, el que traiciona es José, pues es él quien tiene una amante. La culpa, desde luego, lo acosa. Él se liberaría de ella, si su mujer le reclamase, pues como puede verse, en su espíritu siempre hay algunos rasgos éticos. Paradójicamente, se siente traicionado por el silencio de su esposa, es más lo vive como un gran castigo, pues ella le está ocultando información para protegerse a sí misma y a su hogar. Quizá exista otro ingrediente, el cansancio, el agotamiento de la pareja que ya a esas alturas se ha quedado en la mera resignación, y ella ya no tiene fuerzas para enfrentar ningún conflicto.

Después de dos años y una auténtica quiebra económica, José García deja al fin a Lupe Robles. Evidentemente ésta es una mujer explotadora que quería diversión, regalos y sexo, nunca una relación verdadera por afinidad de intereses y espíritu. No obstante, nunca se olvida de ella, hay algo que permanece vivo en una zona oscura, quizá patológica, del narrador, pues no fue bien tratado ni tomado en cuenta como sujeto. A lo mejor lo que le sedujo, para bien o para mal, era lo imprevisible de su carácter.

A diferencia de la amante, a la esposa de José sí le interesa como sujeto su marido, a pesar de estar enterada de la relación clandestina, está dispuesta a protegerlo y a ayudarlo. Sus reacciones sí son previsibles: la solidaridad frente a todo, la realidad frente a los sueños imposibles de cumplir. Son estos rasgos, los que hacen volver a José a los brazos tiernos y seguros de su mujer.

Puede verse, entonces, que Josefina Vicens, además de recrear la insatisfacción de su protagonista al no poder escribir como él quisiese, hace una especie de homenaje o reconocimiento a tantas mujeres que en aquella época y en ésta calladamente luchan por su pareja y por su hogar. Si Elsa Muñiz afirma que: “Las características de la femineidad impuesta tienen en el centro la concepción de la naturaleza femenina que le

da su carácter de ‘natural’ a la debilidad, la pasividad y la sumisión [...]” (*op. cit.*, pp. 91-92); la anónima mujer de José García no da muestras de este carácter “natural”, al contrario, es fuerte en los conflictos, activa en la resolución de problemas cotidianos y aunque aparentemente es sumisa frente al adulterio de su marido, actúa inteligentemente y no le concede el reclamo que en un momento dado lo liberaría de la culpa y pondría en riesgo su hogar.

En conclusión, este personaje sin nombre seduce porque no es un arquetipo plano y artificial, sino porque cada una de sus acciones adquiere los tintes heroicos de cualquier vida que enfrenta la rutina diaria y la relación que aunque desgastada se da en pareja

Bibliografía

- Vicens, Josefina, *El libro vacío*, SEP, México, 1986. (c 1958) 230 pp. (Lecturas mexicanas / Segunda serie, 42)
- Baudrillard, Jean, *De la seducción*, Rei, México, 1990. 170 pp.
- Janvier, Ludovic, *Una palabra exigente. El nouveau roman*, Barral, Barcelona, 1972. (c 1964) 177 pp.
- Lukács, Georg, “Arte y verdad objetiva”, en *Problemas del realismo*, FCE, México, 1966. (c 1955) pp. 11-54.
- Muñiz, Elsa, *El enigma del ser: La búsqueda de las mujeres*, UAM-A, México, 1994. 157 pp.
- Paredes, Alberto, “Josefina Vicens”, en *Figuras de la letra*, UNAM, México, 1990. pp. 182-185.
- Sartre, Jean Paul, *El existencialismo es un humanismo*, Huascar, Buenos Aires, 1972. pp. 11-61.

